


SERMON
PREDICADO EN EL SANTUARIO DEL
TEPEYAC
EL DIA 7 DE JULIO
EN LA
Solemne Función
QUE CELEBRO LA
DIOCESIS DE QUERETARO,
EN HONOR
DE SU NACIONAL PATRONA,
POR EL R. P.
Benito Ripa,
Misionero del Inmaculado Corazón de María.

——
Se imprime con licencia de la Autoridad Eclesiástica.

——
QUERETARO.

TIP. DE D. CONTRERAS. (Descanso 1 bis.)

1903.



*Elegi et sanctificavi locum istum, ut
sit ibi nomen meum et permaneant oculi
mei et cor meum ibi cunctis diebus.*

II. Parlip. c. VII. v. 16.

ILMOS. SEÑORES. (1)

La historia religiosa de los pueblos se resume con frecuencia en algún acontecimiento glorioso, perpetuado y transmitido á los venideros por insignes monumentos nacionales. Colocado el observador en este punto, que se podría llamar clave historial, puede reducir á la unidad la complicada maquinaria de leyes, costumbres y guerras, que, por espacio de largos años han venido desarrollando la vida de la nación, y darse cuenta de una infinidad de acontecimientos que parecen incoherentes y contradictorios, como anillos de una cadena, dividida en muchas partes.

El Arca Santa era para el Pueblo de Israel, no sólo la demostración de ser el único pueblo de la tierra que adoraba al Dios uno y verdadero, sino el secreto de su unidad religiosa, política y civil; en ella tenía el oráculo de la verdad, el tribunal inapelable de las contiendas, el legislador incorruptible, el árbitro de las guerras con las naciones y el ma-

[1] El Ilmo. y Rmo. Sr. Dr. D. Rafael S. Camacho, Obispo de Querétaro y su Coadjutor el Ilmo. Sr. Dr. D. Manuel Rivera.

nantial de la prosperidad pública y privada. Luego que ella desapareció de Jerusalen, dejó también de existir aquel pueblo, suscitado por Dios para testimonio eterno de su bondad y de su justicia.

Lo que el Arca del Testamento era para el pueblo de Dios, ha sido la montaña del Tepeyac para la nación mejicana en su parte religiosa, desde que entró á formar parte en el cristianismo. La divina Pintura que descuella en el altar, por más de cuatrocientos años, ha sido el orgullo del pueblo y el lazo de unión para todos los Estados; así lo demuestran esas incesantes peregrinaciones que á diario llegan hasta de los últimos confines de la República.

Mas hoy tenemos á la vista un cuadro de singular ternura, pocas veces repetido, y que bien podría honrar una página de la Biblia; levantad los ojos. Ahí tenéis un anciano venerable, encanecido, más que por la acción destructora de los años, por los trabajos y pesadumbres del gobierno de su grey. No pudiendo soportar solo la carga que le oprime, pide á la Santa Sede un digno Coadjutor en la persona de aquel, que él mismo ha formado con singular cuidado. Seis meses han pasado desde aquel día memorable en que la ciudad de Querétaro contemplaba el tierno espectáculo de la consagración: seis meses empleados en terminar la obra empezada, dando el anciano pastor al nuevo Prelado las lecciones de exquisita prudencia, aprendida en las hojas del libro de su vida, escrito por la mano de Dios en setenta y nueve años. Y como el anciano Moisés en el ocaso de su vida, llamó á su sucesor Josué y, después de enseñarle la teoría del arte de gobernar, le llevó ante el Arca de la alianza, señalándole en ella el secreto de su atinado gobierno, así nuestro Prelado, no contento con las enseñanzas

de su propia experiencia, trae personalmente á su joven Sucesor delante de la Imagen bendita de María de Guadalupe, le presenta á esta celestial Señora, pide para él una bendición y le dice prácticamente: Si quieres hallar lo más recóndito de la difícil ciencia del manejo de las almas, póstrate delante de esta Pintura, llena tu alma del amor á María, ruégale con oración humilde y Ella te descubrirá aquello que no se aprende en los libros de los hombres.

Por presenciar tan hermosos ejemplos, pueden darse por bien recompensadas ocho jornadas á pié, como lo han hecho más de seiscientas personas aquí presentes y que han recorrido más de sesenta leguas con el ardiente deseo de contemplar la hermosura de esta celestial Señora.

¡María! el encanto de los ángeles y de los hombres, es el imán que poderosamente arrastra los corazones queretanos en este día de gloria. En Ella termina la solemnidad presente y no es posible apartar por un momento nuestra mirada de su grandeza,

La festividad presente tiene dos partes inseparables y que convienen en una sola idea; la glorificación de María. Se celebra una peregrinación mejicana, y esta peregrinación viene de Querétaro, y este pensamiento, al parecer tan trivial, envuelve una de las afirmaciones más honoríficas para María. Oídlo bien: las peregrinaciones mejicanas, injustamente calumniadas por los enemigos de la fe, son la proclamación solemne del reinado de María sobre Méjico, y la peregrinación de Querétaro es la confirmación de que la mayor gloria de esta Diócesis es la devoción á María Santísima de Guadalupe.

¡Virgen Inmaculada! Ya que por una deferencia no merecida he sido invitado para cantar vues-

tros loores en este día y delante de tantos beneméritos sacerdotes, despegad mis balbucientes labios para que mi rudeza no empañe el límpido cendal de vuestras glorias y permitid que para merecer vuestro auxilio repitamos todos en vuestros oídos las palabras que por vez primera os dijo el Angel.

Ave María.

PRIMERA PARTE.

La autoridad real, que, en sí misma considerada, es un remedo del Gobierno divino en el mundo, en la manera de alcanzarla proviene ordinariamente, según los canonistas, por uno de estos tres conductos: ó la reciben los monarcas por nacimiento ó herencia, y este es el modo que más los acerca á la fuente primordial, que es Dios, ó la consiguen por derecho de conquista, y éste es el más noble, ó la obtienen por elección popular, y éste es el que más realza el mérito personal del monarca. Mas de cualquiera de estos tres modos que la consideremos, veremos que María de Guadalupe es la verdadera Reina de Méjico.

Elevada María á la dignidad de Corredentora del mundo con Jesucristo, así como fué compañera de sus dolores, así debía serlo de sus victorias y triunfos; por lo cual la Iglesia Católica no duda en aplicarle las palabras del Profeta Rey: «Yo te daré las naciones por herencia y los pueblos en posesión.» Toda la tierra, con sus naciones entró á formar parte de la corona de Aquella, en cuya glorificación el Eterno había puesto particular empeño y compromiso de honor. Ni merecía menos la profunda humildad de esta celestial Señora, quien por expresa voluntad renunció á toda grandeza humana. Correspondía pues á la justicia divina recom-

pensarla con abundancia dándole poderío universal sobre las gentes y tierras conocidas. En sus labios cuadran á maravilla estas palabras: «Yo he estado en todo lugar y en toda tierra tuve la primacía.»

Mas si por todo lo expuesto, María es la Reina universal de todas las naciones, no faltan pruebas especiales para demostrar su reinado sobre este suelo bendito. Empeñado Dios en la gloria de su Madre, no podía permitir que le fueran arrebatadas de su corona ni la más pequeña de sus hojas. Sin embargo, aquellas hermosas regiones del oriente, que en otros tiempos habían sido cuna de Santos y semilleros de campeones denodados de la fe, acababan de abandonar el seno de la Madre que los enjendrara para Cristo, para entregarse en manos de la doctrina perversa del impío Mahoma. Si en el cielo hubieran cabido lágrimas, brotaran con abundancia de los ojos de María, mas para que su corona no pareciera manchada, la Providencia la prepara días de alegría. Por un nación perdida, estéril y maldecida por Dios recibe un pueblo nuevo y digno en todos sentidos de su grandeza. ¿Qué le falta á Méjico para ser una de las mayores glorias de María? la naturaleza y la fortuna, parece que se han unido para derramar con admirable profusión lo más rico y variado de sus tesoros; por su hermosura ha sido llamado paraíso terrenal; con sus riquezas inagotables ha enriquecido á más de medio mundo y tales encantos reúne que los codiciosos del bienestar y de la salud vienen en bandadas de los más remotos confines de la tierra á participar de su feracidad y hermosura siempre nuevas. Esta es aquella tierra bendita por el Señor con doble bendición y reservada para su Augusta Madre, como un consuelo por la pérdida de reinos antiguos. No es de extrañar que la misma Virgen, gozosa de

tan hermoso patrimonio y previendo los abundantes frutos de santidad y devoción, de que bien pronto se había de ver colmada, exclámase: «Yo elegí y santifiqué este lugar para mi habitación.» Y como este es el regalo que Dios hace á su Madre, ninguna fuerza divina ni humana será poderosa para arrebatársela de su corona, sino que su amor y su trono permencerán aquí para siempre.

Pero no es menos Reina de Méjico María por el derecho de conquista. Llamando Jesucristo á sus doce Apóstoles para propagandistas de la nueva doctrina, les señala el mundo entero como teatro de sus correrías evangélicas y, empujados por el soplo del Espíritu vivificador, son lanzados á los cuatro cabos de la tierra conocida, dando por doquier ilustre testimonio de la divinidad de su enseñanza, no menos que del Autor que los envía. Los nombres de ellos todavía se conservan frescos en la memoria de los pueblos agradecidos y son reconocidos como padres de la fe. Francia dobla su cerviz á la predicación de San Remigio; Inglaterra reconoce por su padre á San Agustín é Irlanda á San Patricio. Los Frumencios fundan la fe en Abisinia, los Fulbertos santifican la Moscovia y Alemania se gloria de la paternidad de Miguel de Sigmaringa. ¿Cual será el afortunado que traiga el conocimiento de Jesucristo á esta tierra de promisión? No faltan quienes quieren conceder esta honra á San Bartolomé y le hacen volar con nube de Isaías; pero el silencio de los primeros historiadores y el camino que el Apóstol tomó rumbo á la Media y á la Bactracia, nos dispensan de asentir á semejante opinión, desprovista de sólidos fundamentos. ¿Será pues que Dios se ha olvidado de este país? Nada de eso. Si en sus inescrutables designios permitió que por largos siglos permaneciera nuestro pueblo

en la obscuridad del gentilismo, fué para que brillara más su misericordia y porque el prodigio de su conversión estaba reservado para brazo más poderoso. Entraba en sus bondades que esta gloria había de ser única y exclusiva de María Santísima. Ella fué quien puso en la cabeza del insigne Genovés la primera idea de un mundo desconocido, Ella quien revistió de un valor no común en su sexo el corazón inmortal de Dña. Isabel de Castilla. Amparado por su protección el invicto Colón, lánzase á la inmensidad del océano y toma posesión de la tierra descubierta para María, antes que para su monarca, ejemplo seguido por el explorador extremeño Hernán Cortés.

De este modo María es la conquistadora de Méjico, y su pabellón el primero que hondea en la Nueva España. Bien es verdad que delante van sus hijos, los beneméritos franciscanos, esparciendo la primera semilla; trabajan sin descanso, pasan las noches en oración, maceran sus carnes y ruegan al cielo. ¡Inútiles esfuerzos, trabajo sin provecho!! El desaliento los abate hasta que llega la hora marcada por el Señor.

Alúmbranos con tus fulgores, venturoso día doce de Diciembre de 1531 y nuestros ojos verán el más memorable de los prodigios! A la verdad, apenas la Santísima Virgen se aparece al afortunado Juan Diego sobre el sagrado monte del Tepeyac, se abre una nueva era de felicidad y bienandanza para esta dichosa nación. Los pueblos y las ciudades, antes rebeldes al Evangelio, caen gustosas ante la sagrada insignia de la Cruz, los mismos religiosos que á duras penas habían podido convertir un pequeño número de indios, quedan maravillados de las numerosas conversiones que logran en pocos días. Antes de la aparición cuarenta y dos religiosos

en diez años no lograron bautizar más que un millón de neófitos y después de ella, era tan abundante el número de los convertidos, que, como dice el P. Mendieta, sucedía con frecuencia que los sacerdotes no podían levantar el brazo para bautizar. ¿Qué era esto sino la virtud fecundísima de aquella Madre de bondad que quería ostentar por sí misma el prodigio de la gracia de conversión? Pero observad el secreto de todo, y no nos llamará la atención. En el establecimiento del Cristianismo en otras regiones, los taumaturgos del Evangelio obraban milagros tan estupendos, que las almas no podían resistir á su influjo. Nada ó casi nada de esto notamos en Méjico. Los indios iban entrando á millares diariamente sin más prodigios que contemplar la hermosura celestial de María... La modestia de sus ojos entreabiertos, la sonrisa de sus purpurinos labios, la bondad de las manos plegadas y el conjunto de toda la pintura tenía para ellos encantos tan peregrinos que se sentían irremisiblemente vencidos y cambiados en lo interior. Era la conquista pacífica del amor que se apodera de los corazones y difícilmente suelta la presa. Ellos no sabían darse cuenta de lo que les pasaba; pero era lo cierto que corrían en pos de la fragancia de sus aromas. Y entretanto María iba echando tan hondas raíces en este suelo que ni el tiempo, ni las persecuciones, ni la acción de los enemigos unidos contra su obra podrán obscurecer el brillo de su conquista.

Y como quería afianzar para siempre su dominación, soltó los raudales de sus bondades en favor de los hijos predilectos mejicanos. Díganlo si nó las innumerables misericordias que á manera de lluvia torrencial, descargó sobre su pueblo. Cuando de 1541 al 45 la terrible epidemia del Cocolixtli aca-

bó con cerca de ochocientos mil, la Virgen de Guadalupe fué quien contuvo los estragos merced á la procesión de seis mil niños que salió de Santiago Tlaltelolco. Igual beneficio concedió en 1597 á las provincias mejicana, mixteca y zapoteca que en diez años quedaron diezmadadas por la misma epidemia. ¿Quién no sabe la tradición de aquella espantosa inundación de 1629, en que perecieron treinta mil mejicanos y que sólo por los multiplicados beneficios que diariamente les concede en las enfermedades, cárceles, destierros y miserias para concluir que es la Reina indiscutible de México?

¿Que le falta para asegurar su trono? ¿La elección popular? Pues no careció de ella. Corría el año de 1777, cuando la espantosa peste del Matlahuatl hizo estragos tan espantosos, que en pocos meses sembró la ciudad de unos setecientos mil cadáveres. Afligidas las autoridades eclesiástica y civil por la catástrofe, acudieron á la que era su única esperanza y determinaron consagrarle de la manera más solemne los campos y las ciudades, declarándola Patrona y Reina de toda la nación. En 24 de Abril del mismo año, el entonces Virrey de España y Arzobispo de Méjico D. Antonio Vizarrón y Eguileta seguido de ambos Cabildos Catedral y Colegial, del Ayuntamiento y de lo más granado de la ciudad y de los Estados, entonces llamados provincias, delante de un concurso inmenso de gentes, juraron á la Virgen del Tepeyac vasallaje, como á Suprema Emperatriz, juramento respetado hasta nuestros días. Mas yo no quería hablar de este compromiso de honor arrancado por la fuerza de la calamidad, por más que sea de un precio inestimable. Es inmensamente de más valor el sentimiento universal, unánime y perpétuo de todo el pueblo profundamente convencido de que la Señora del Tepe-

yac es la Reina sin disputa de todo cuanto tiene y de todo cuanto es. El mejicano no sabe ni puede prescindir en nada de María Santísima, como que la lleva grabada en las últimas telas de su corazón cristiano. En su nombre se entrega á las rudas faenas del campo, se mete en las entrañas de la tierra y se lanza á los peligros de la mar: este nombre preside las juntas, afirma los contratos y sella las obligaciones mutuas: por él pide las aguas regeneradoras para sus hijos, las bendiciones para los matrimonios y la gracia para sus almas. Este nombre llena por completo su vida; en él sueña, despierta trabaja y descansa y siéntese tan saturado de Guadalupe, como el campo por el vivero de agua que salta de sus entrañas y todo lo riega y fecundiza. En las espesuras de los bosques vírgenes veréis colgada de añejos troncos su hermosa efigie y delante de Ella postrados los humildes leñadores; en las ciudades congregados los ricos y pobres en actitud devota y más allá de los mares en tierras desconocidas doquiera se junten dos mejicanos, espontáneamente brotará el nombre de la Madre de Guadalupe de todos los labios como cuerdas de instrumento músico pulsadas al unísono por la misma mano. Y como si fuera poco para un corazón filial, contemplad esas numerosas y férvidas peregrinaciones, venidas desde los últimos confines, arrostrando dificultades insuperables menos para su entusiasta corazón, cargados de aromáticas flores y sazonados frutos, primicias de los jardines y campos y entre canciones del más apasionado amor, publicando por doquier con una voz unánime y poderosa con el grito de cien generaciones, que el monte del Tepeyac es el Sinaí de Méjico y este prodigioso templo el magnífico palacio de la Madre, Patrona y Reina de toda la nación. Esas plegarias y cantos,

en alas del fervor cristiano, deben de impresionar al corazón de la Virgen Madre y allá en la corte celestial dirá á sus ministros: Aquí está mi corazón y mis ojos y permanecerán para siempre.

SEGUNDA PARTE.

El amor y devoción á María Santísima de Guadalupe, no es privilegio particular de ninguna provincia, más así como Ella tiene Benjamines á quienes concede señaladas pruebas de misericordia, así hay ciudades y provincias que parecen las abanderadas del amor mariano. Y entre ellas cabe poner en primera fila la Diócesis de Querétaro, como lo demostrará una lijera ojeada de su historia. Si vuestros padres ó hijos de aquella noble tierra hubieran querido poner sus glorias en las cosas humanas no les faltaban títulos cuando el Emperador Carlos V, á los pocos años de conquistada, ya le daba el escudo de armas con el título de Muy noble, Muy leal: mas ellos buscaron honores que no pudieran carcomer la polilla y glorias más duraderas que el tiempo. Pocos años después de la maravillosa aparición, los dieciseis sacerdotes únicos que contaba entonces la ciudad, se juntaron bajo un mismo pensamiento y decidieron consagrarse á la Virgen del Tepeyac, y levantarla un templo digno de la Señora, que como decía D^a Mariana de Austria en la cédula de concesión era el consuelo y devoción de aquella provincia. Este pensamiento, como todo lo noble y santo, llenó de entusiasmo los corazones de nuestros padres. Concedido el permiso de edificar el templo reuniéronse los sacerdotes bajo la dirección del piadoso D. Lucas Guerrero, quien había llevado de Méjico la insigne pintura que todavía se venera en el oratorio del Liceo Católico.

Cuátro fueron los célebres bienhechores de esta obra que la formaron con sus riquezas. El ya mencionado D. Lucas Guerrero; el Pbro. D. Juan Caballero y Osio, quien levantó la Iglesia; el tercero D. Fausto Merino, quien la heredó con siete haciendas y con gran cantidad de alhajas para vasos sagrados, y D. Ramón Jiménez del Guante, quien la dejó por herencia cuatro haciendas; aparte de otros desprendidos y generosos corazones que la ofrecieron preciosos regalos. Terminada la obra material fué agregada por el Papa Benedicto XIII á la Basílica Lateranense y con esto alcanzó el mayor de los honores, aquella Iglesia que después de la Colegiata, era la primera en grandiosidad, riquezas y arte levantada en toda la República á María Santísima de Guadalupe. A la sombra de este famoso templo fué creciendo con grande fervor la Congregación de Clérigos seculares, como se llamaba, consagrada á la Virgen de Guadalupe. En el Breve de Inocencio XI expedido en 1677, á ruegos del P. Juan Monroy el Papa la agregaba á la Congregación de la Doctrina Cristiana en Roma, y decía que sus individuos debían ejercitarse en obras de piedad y caridad, *pietatis et charitatis*. Y á la verdad, cumplió con perfección estos oficios; porque en lo material, fundó hospedería para pobres y peregrinos, y era de ver el fervor con que aquellos piadosos sacerdotes lababan los pies, daban de comer y ejercían mil actos de cristiana caridad con los pobres hospedados. Y juntamente con estas obras materiales ejercían saludable influencia en los corazones, no ó los de la ciudad sino de los contornos. Las comunidades religiosas solicitaron ser agregadas á esta piadosa hermandad de la Virgen y participar de sus privilegios. Las religiosas carmelitas de S. José fueron las primeras; pero los franciscanos fueron

quienes le dieron mayor gloria. De allí salió el célebre Fray Francisco Frutos, celoso propagandista de la Virgen de Guadalupe en pinturas, lienzos, mármoles, bronces; allí caldeó su alma el inmortal Fray Antonio de Margil, apóstol de gran parte de la República y especialmente de Coahuila, Monterrey y Zacatecas, y quien se llamaba á sí mismo: El negrito de María de Guadalupe; y por fin de allí salieron los primeros evangelistas de Nicaragua, formados á la sombra y al regazo de la Virgen de Guadalupe. Ni quiso ser menos la autoridad civil en el santo empeño de venerar á la Reina de Méjico. En 1737 mandó al coronel D. José Urutiaga, como representante del Estado en la jura del patronato; á los veinte años mandó celebrar suntuosas fiestas, con motivo de confirmar la Santa Sede el Patronato, y desde 1760 estableció anualmente y para siempre, solemnidades religiosas y civiles en memoria de haber librado la ciudad de una gran cantidad de rayos que cayeron el 12 de Mayo del mismo año. No se avergonzaban de encabezar sus escritos y ordenamientos con el nombre y para gloria de María de Guadalupe, antes invocaba su protección para todo acto civil.

Así, á la sombra de tan buena Madre, iba desarrollándose la vida de aquel Estado, hasta que el Vicario de Jesucristo la eligió en Diócesis. Su primer Obispo, el Señor D. Bernardo Gárate, puso desde luego todo empeño en formar el Seminario, y no teniendo á quien confiar aquel plantel de sacerdotes y de sabios más que á la que es Asiento de la Sabiduría, á Ella la dedicó con el título de Guadalupe; no es de admirar que tanto él como su digno colaborador y primer Rector, D. Manuel de Castro y Castro, reportaran abundantes frutos de ciencia y santidad, como atestiguan algunos todavía pre-

sentes. Al segundo Prelado D. Ramón Camacho, le tocó continuar la obra, como lo hizo con el celo y actividad dignos de su santa memoria. Por no herir al que tenemos presente y tercero de los Obispos, nada diré, pero podrán contarlo la renovación del templo de la Congregación en 1886 y la consagración en Noviembre de 1888; la consagración de toda la diócesis, y sobre todo la grande obra debida á su iniciativa, y que tomó aumento en toda la República; las peregrinaciones anuales que por veinte años ha traído á este santo recinto, el amor de los queretanos, el ejemplo de su piadoso fervor é interpretación más genuina de la devoción de todos aquellos, que, permaneciendo en sus casas, ardían los corazones de devoción. Gloria especial, que otras diócesis la han pretendido para sí, más no podrán disputar á la de Querétaro. Bien pudiera mencionar el magnífico fresco de esta Basílica y otras obras realizadas por nuestro Prelado. Pero bastante abusé de vuestra paciencia, y queda demostrado que esta peregrinación es la confirmación de aquella verdad, que los queretanos han cifrado sus mayores glorias en el amor á la Virgen de Guadalupe. Volvamos en conclusión á Ella nuestras miradas y saludémosla con efusión.

¡Oh Virgen inmaculada y Bendita! recibid en este día las alabanzas de todo el universo y en especial del pueblo mejicano. Aquí tenéis á vuestros predilectos, los queretanos: es aquel Prelado que con amor siempre joven extiende vuestro reinado: Ahora que está al fin de una jornada gloriosa, espera de Vos el anticipo de un premio con el aumento de vuestro amor: dádselo en cambio de lo mucho que ha trabajado por Vos. Aquí tenéis al nuevo Prelado; por primera vez, después de su consagración, viene á daros el testimonio de su enarde-

cido amor y depositar á vuestros piés sus vestiduras sagradas para que le deis ¡la bendición y las torne santificadas por vuestras manos. Concedédsele y llenad su alma de los divinos dones para que empiece y consuma una carrera gloriosa.

Aquí tenéis por fin al pueblo, que viene en representación de toda la Diócesis: son aquellos corazones valientes, que vinieron á pié con grandes dificultades, aquellos cristianos invencibles que no se doblaron ante las injurias de la impiedad y las burlas de los malvados; es aquel orfeón que nunca entona mejores armonías que cuando celebra vuestras grandezas; son, en una palabra, aquellos hijos amantes, que en Vos cifran su gloria, su orgullo y su amor. Recibid las demostraciones de su amor; dadles una bendición y que la lleven á su tierra como prenda de vuestra protección en vida y una eterna felicidad en el cielo. Amén.



